

Bajo el sol de medianoche

Mariel Estevez



Capítulo 1

Bajo el sol de medianoche

Desde la ventana, Josefina observaba el invierno bonaerense más gélido que pudiera recordar desde su llegada a San Fermín, un caluroso día de verano, cincuenta años atrás, al comienzo de la década del cuarenta.

Abrigada dentro de su casa como para una expedición a la Antártida, disfrutaba de un mate cocido con azúcar a media mañana, mientras escuchaba las noticias de las once y media en la radio. La taza le calentaba las manos entumecidas por el frío. El ambiente le helaba los huesos hasta llegarle al alma, pero le reconfortaba saber que Pedro estaría por llegar en cualquier momento.

Minutos antes del mediodía, tres golpes sonaron a mitad de la puerta de madera y, acelerando el paso, Josefina se acercó a abrir. "¡Abrime, Jofina!", exclamó una voz infantil. Pedro le sonrió, expectante, con sus rizos negros alborotados, la carita sucia y mucho menos abrigo del que debería tener para un día de invierno. A ella se le iluminó la mirada.

"¡Pasá, pasá!", indicó con voz alegre, señalando con la mano hacia el interior de la vivienda. "¡Qué suerte tenés, Pedrito! Te acabo de preparar un mate cocido con leche, y unas tortas fritas". "¿Tenés hambre?", le preguntó, trayendo una taza humeante en una mano, y un plato con tortas fritas en la otra. La pregunta era tan retórica como absurda; Pedro vivía con hambre.

Mientras el viento rural de julio interpretaba una melodía unísona y monótona al colarse a través de las rendijas de las ventanas, Pedro se frotaba las manos frías sobre el pequeño fuego del brasero en el centro de la habitación. "Vení, sentate, que esto se enfría rápido", le ordenó cariñosamente, acercándole una silla a la mesa, con pasos cortos y un gracioso vaivén de cadera, resultado de una supuesta caída y fractura antiguas, de las que prefería no hablar.

-

Con casi ocho años, Pedro conocía la calle como ningún otro niño de su edad; sabía en cuáles esquinas del pueblo se juntaba más dinero limpiando parabrisas, o en qué momento del día era más fácil evadir al guarda del tren, para meterse en los vagones y pedir monedas, o vender algún producto que sin duda les haría la vida más fácil a los pasajeros. Pedro ni siquiera esperaba que los pasajeros le prestaran atención. Vender en el tren era la excusa perfecta para alejarse, para viajar hasta la terminal más alejada de la ciudad, lo más lejos que pudiera estar de su

casa, sin llegar a perderse.

-

Dueña de unos bellos ojos negros como la noche, uno podría asegurar que, en su juventud, Josefina habría conquistado corazones sin dificultad alguna. Sin embargo, los años, las adversidades y el frío del campo le habían agrietado su piel morena, y encorvado el cuerpo con el peso de mil reproches sobre aquella posible vida feliz que podría haber sido pero no fue. Nunca había aprendido a apaciguar sus demonios, ahora tan añejos como su cabellera plateada, que aún la perseguían y atormentaban.

Josefina afirmaba con certeza que la buena suerte la evadía, que llevaba toda una vida deseando encontrársela de improviso a la vuelta de la esquina, pero esta era rápida para escapar. Incluso, llegó a pensar que tal vez se lo tenía merecido, por no haber huido antes, por aquel incidente antes de su llegada a San Fermín, cincuenta años atrás... pero de eso no hablaba porque, como decía su madre, 'lo que no se nombra, no ha sucedido'.

-

Sentado en una silla, balanceando sus piernas delgadas que no llegaban a tocar el suelo, Pedro relataba los acontecimientos de su jornada con entusiasmo, mientras bebía el mate cocido de a sorbos largos y ruidosos, y engullía las tortas fritas calentitas, untadas con miel.

Josefina lo escuchaba con atención. No siempre comprendía todo lo que le contaba; según ella, Pedro hablaba demasiado rápido y usaba palabras muy modernas. Ella sólo se aseguraba de que comiera bien porque sabía que tal vez eso sería lo único que Pedro comería en todo el día. Sabía lo que era dormirse con hambre, sintiendo que a nadie le importa tu bienestar.

"¿Viste qué lindo está hoy, Jofina? Me gusta mucho el sol... pero no me gusta cuando se hace de noche y sale la luna", comentó Pedro. Sus palabras, que parecían un simple comentario al pasar, cargaban la triste y violenta realidad que se vivía en su casa a diario. El día lo mantenía protegido, alejado del maltrato; en cambio, la noche lo envolvía en la espiral sin fin de terror que acarrea el alcohol y el desamor.

Con un suspiro y la mirada clavada en el suelo, Pedro verbalizó su sentimiento más profundo: "A veces, cuando estoy parado en el andén... y veo venir el tren... no sé, me dan unas ganas de...". Un sollozo desgarrador le estranguló la voz a mitad de la oración. A Josefina se le estrujó el corazón.

“Vos podés venir a dormir acá si la cosa se pone jodida en tu casa a la noche, o a comer cuando tengas hambre. Lo sabés, ¿no?”, le recordó Josefina con una media sonrisa, acariciando sus rizos alborotados. No podía comprender el maltrato a un hijo, a un niño, y haberlo vivido en carne propia lo hacía más doloroso aún. Josefina no tenía hijos ni familia, y Pedro era su debilidad.

“La noche no es mala, Pedrito. Pensá en la luna como un sol que sale por las noches, sólo para vos”, lo consoló, deseando que esas ideas terribles se le fueran pronto de la cabeza. “Decime, Pedro, ¿cuándo fue la última vez que te llevé a dar un paseo por la luna?”, le preguntó con una mueca pícara. “Nunca me llevaste, Jofina”, contestó Pedro, algo desconfiado.

“Primera cosa en la lista para la semana que viene, para cuando no me duelan tanto las rodillas, porque la caminata es larga, ¿viste?”.

-

Semana tras semana, Josefina recibía a Pedro en su casa, le hacía de comer, lo refugiaba, le leía cuentos, escuchaban música, lo dejaba dormir una siesta, y le daba la mejor infancia que estuviera a su alcance.

“Ah, Pedro, quizá en una o dos semanas podamos hacer ese paseito por la luna”, le recordaba al final de sus visitas. “Aunque, si sigo con este dolor de rodillas, me parece que algún día me vas a llevar vos a mí, cuando seas grande”.

-

Así, el tiempo pasó, y Pedro creció. Aquel niño de rizos negros siempre despeinados se convirtió en un bello e inteligente joven que la visitaba cada semana para merendar y planear el paseo por la luna.

Una tarde de verano, tres golpes suaves sonaron a la puerta. Con pasos cortos y su vaivén de cadera intensificado con los años, Josefina se acercó a abrir. Pedro venía a despedirse. “Jofina, mañana me voy a Buenos Aires, a estudiar a la capital pero, antes de irme, quiero llevarte a ese paseo por la luna que tenemos pendiente”, dijo Pedro con los ojos húmedos.

Pasaron la tarde más maravillosa que ambos pudieran recordar; tomaron un helado, caminaron por el campo abierto, conversaron sentados a la orilla del río que atravesaba el pueblo, y regresaron cuando a las rodillas de Josefina les ganó el cansancio.

Al final del paseo, llegó el momento de la despedida. Pedro inspiró, intentando contener las lágrimas. “Gracias por mantenerme vivo todos estos años, Jofina querida. Fuiste la mamá amorosa que la vida no me

dio”, confesó Pedro, desde lo más profundo del corazón.

“De nada, mi chiquito. Yo siempre te voy a esperar acá, bajo tu sol de medianoche. Vos podés venir a visitarme cuando quieras. Y si tenés tiempo, hacemos un paseito por la luna”, le recordó Josefina, acunando entre sus manos arrugadas el rostro adulto de aquel niño descuidado.

Pedro le dio un beso en la frente, un largo abrazo, y se fue. Sintiendo una sensación de satisfacción que le alegraba el alma, desde la ventana, Josefina vio a Pedro alejarse por la vereda hasta doblar la esquina y desaparecer.

Cuando dejó de verlo, Josefina continuó mirando por la ventana durante algunos minutos, recordando todo lo vivido con Pedro, y la hermosa amistad que los uniría siempre.

A los hijos de la desidia los une un hilo invisible que trasciende dimensiones. Defraudados por la vida en diferentes formas y tiempos, pero unidos por el destino, que les da la oportunidad de consolarse mutuamente, y quizá hasta revertir la historia.

Un viento veraniego sopló las nubes perezosas que tapaban el sol, y un rayo de luz la cegó por un instante. Josefina se cubrió los ojos con las manos, y se alejó de la ventana. De repente, al abrir los ojos, el pánico la invadió. No comprendía lo que estaba sucediendo. Se encontraba parada en medio de la sala, en su casa, pero no la de San Fermín, sino de la que había escapado una noche de verano, cinco décadas atrás, a escondidas, con las manos y el cuerpo vacíos, y a la que había jurado jamás regresar. Vio que sobre sus hombros caía una brillante cabellera color negro azabache, y que no había arrugas en sus manos, ni le dolían los huesos de la cadera. Instintivamente, guiada por un recuerdo lejano, llevó con desesperación las manos a su vientre. Lo encontró redondo, rebosante de vida. Suspiró aliviada, y sonrió. Esta vez, la historia sería diferente.